



EN EL PANTEON.

Que las humanas cosas
Cuanto con más belleza resplandecen
Más pronto desvanecen.
¡Y, tú, la edad no miras de las rosas!

RIOJA.

En medio del terror que siente el alma
Brotó la inspiración, vibra el acento
De mi triste laúd;
Y, enajenado en la mansión de calma,
Contemplo de olvidado monumento
La cenicienta cruz.

Vengo á turbar el plácido sosiego
De los que yacen en la losa fría
En sueño perennal,
Al idealismo fúnebre me entrego
Y se exhala veloz del alma mía
El íntimo pesar.

Estéril panteón en cuyo suelo
Sembrado de osamentas blanquecinas
Se arrastra el huracán;
¡Oh cuánto acreces mi profundo anhelo
Al contemplar tus lúgubres ruinas
En calma y soledad!

Amo tu paz, porque á la mente inspira;
Amo la sombra que me presta amante
Tu lánguido saúz;
Y aislado y libre el corazón suspira
Al espirar del astro rutilante
La moribunda luz.

Aquí yacen los restos de los hombres
Que ayer llenos de vida y alegría
Bebieron el placer.
¿Qué queda de esos seres? vanos nombres
Que se escribieron en la losa fría;
El himno del no ser.

Dintel de la existencia, mudo asiento
Del orgullo del hombre, tumba helada,
Espantoso lugar:
¿Quién al poner su osado pensamiento

En tí, no siente el alma atribulada
 Por angustioso afán?

Eres una verdad que al pecho infunde
 Religioso pavor, postrer asilo
 Del mísero mortal:
 Al contemplarte el hombre se confunde
 Y atónito ante tí, mudo, tranquilo,
 Se para á meditar.

¡Oh muerte, muerte, inexorable, impía!
 Yo ví elevarse tu incansable brazo
 Blandiendo la segur,
 Y la alba flor que en el vergel veía
 Contemplé deshojada en tu regazo....
 ¡Me la robaste tú!

¡Ay! yo la ví, sobre su labio amante
 Vagaba una sonrisa de ventura,
 ¡Sonrisa divinal!
 Y luego entre tus brazos espirante,
 En el trance postrero de amargura
 Sintiera tu dogal.

Sí, tú la asiste con tus secos brazos,

Y tú grabaste en su apacible frente
 Un ósculo glacial;
 Del corazón las fibras mil pedazos
 Hiciste, y contemplaste indiferente
 Tu triunfo funeral....

¡Cruel! ¿No ves al padre delirante?
 ¿No ves á los que la aman y la lloran?
 ¡Ah, no los miras, no!
 ¿Qué te importan la madre y el amante,
 Si te deleitan los que abajo moran,
 Qué te importa el dolor?

Que ¿no sacian tu bárbaro deseo
 Víctimas mil que en la terrible fosa
 Se hunden sin cesar?
 No; que es tu solo perennal recreo,
 El vuelo de la vida deliciosa
 De súbito cortar....

Y si ves que una virgen hechicera
 Va cruzando en el valle de la vida
 En medio del placer,
 Traidora, armando tu guadaña fiera,

La hieres, y la entregas, fermentada,
Al sueño del no ser....

Si ves que el hombre entusiasmado siente
La sed sublime de la inmensa gloria
Que exalta su razón,
Ante su débil planta derepente
Te arrastras tú, y en deleznable escoria
Lo torna tu ambición.

Al contemplar tus víctimas sangrientas,
Con júbilo fatídico te engríes
En ancho panteón:
Tú sola entre ellas sin cesar alientas,
Y á todas horas de la vida ríes
En medio del dolor....

Solo una voz te halaga aterradora,
Que está gritando ¡destrucción! y miras
A los hombres caer
En tu ignota región hora por hora,
Y muda, en tanto, sin cesar conspiras
Contra el humano sér.

Es esa voz que escucha vagarosa

El miserable huérfano que pena
Sin tregua á su aflicción,
La voz con que la vida lucha ansiosa,
La voz que está clamando en Santa Elena:
«¡Aquí está Napoleon!»

Es esa voz terrífica que aduna
El crimen, la virtud, el gozo, el llanto
En rara confusión,
Y lleva sin cesar una por una
Del mundo al solitario camposanto
Las galas del amor.

El vago resonar de la campana,
Del triste coro las sentidas preces,
Los gritos de dolor.
Eso es ¡oh muerte! la lisonja vana
Con que siempre de gozo te estremeces,
Es esa tu ovación.

¡Ah! yo sé que mis sueños de ventura,
Mis ilusiones de feliz poeta,
Y mi encantado Edén,
Debajo están de tu guadaña dura;

Y mi existencia á tu poder sujeta,
Y mi poder también.

Y el rico porvenir y la esperanza,
El amor, las creencias de mi mente....
¡Todo se acabará!...

Mas no; que el alma espera bienandanza,
Y encuentra un bien magnífico el creyente,
En la inmortalidad!



VISIÓN CELESTE.

¡QUÉ bella es! dulcísimos sus ojos,
Miradas de paloma...
La tez, como la aurora sonrosada
Que por Oriente asoma...
Como coral los labios, y la frente
Serena como el lago
Que no rizára nunca mansamente
De juguetonas brisas el halago...

Mórbido el seno, terso, alabastrino,
¡Nido de castidad, cuna tranquila
De la virtud; regazo
De adorable pudor! ¡Seno de angel
Sujeto al cielo por secreto lazo!

Desciende ya... Su lengua vestidura
Doblega ya las flores...

Pliega las alas diáfanas y ríe...
 Contemplando en el mundo la ventura
 Sin conocer del mundo los dolores...
 Brilla la luz en sus pupilas negras
 Y lánguida mirada
 Tiende en redor, y encuéntrame de hinojos,
 El ánimo abrasada
 Con el divino fuego de sus ojos...

Con magia vierte en mí celeste encanto,
 Y en éxtasis dichoso,
 Iba á tocar las orlas de su manto,
 Preso el aliento, el ánimo medroso...
 De su labio brotó leve sonrisa;
 Miróme con desdén y... desplegando
 Con magestad sus alas,
 En las ráfagas ténues de la brisa
 Tendióse ¡ay triste! remontando el vuelo;
 La ví, la ví cual la última esperanza,
 Serena atravesando en lontananza
 Hasta perderse en el azul del cielo...



Á UN BUHO.

YA Febo rubicundo
 Tras de las pardas rocas de Occidente
 Va á sepultar la encandecida frente,
 Dejando sin su luz y triste al mundo.

Ya las sombras cual fúnebres crespones
 Entre los bosques se levantan lentas:
 Las fieras á los cóncavos peñones
 Acuden soñolientas.

Suspende su cantar la golondrina,
 La oveja sus balidos,
 Se dirigen al pié de la colina
 Los pastores rendidos.

Cual se pierden al viento
 Del festín las postreras vibraciones

Así en murmullo lento
Se extinguen vagos y confusos sonos.

Todo en silencio está, duerme natura
Bajo el soberbio pabellón del cielo.
Como el seno de inmensa sepultura
Negro se ve por donde quiera el suelo.

Nadie vela, yo solo, triste el alma,
Frente á esa inmensidad que me circunda
En brazos ¡ay! de pesarosa calma
En mil torrentes de dolor se inunda.

Se lanza el pensamiento
En mil diversos giros,
Y van en el rumor del manso viento
Vagando mis suspiros.

No hay un eco tan solo que lejano
Fiel á mi queja y á mi afán responda;
Tiendo mi mano ¡ay Dios! no hay otra mano
Que en esa horrible lobreguez se esconda.

Bajo el lujoso pabellón de seda
Duerme tranquila la mujer que amara,

Que al contemplar el llanto que arrancara
Indiferente queda.

Allí duerme el amigo
Extraño á mis agudos sinsabores;
Allí duerme el mendigo
Soñando del magnate los favores.

Y todos al influjo del beleño
Que yo desprecio en mi vigilia dura,
Buscan si no el placer, calma y holgura
En los brazos del sueño.

Mas ya resuena entre la selva umbría
Un eco de dolor hondo y profundo,
Tiene la pena mía
Un compañero en el inmenso mundo.

Bien hayas tú, nocturno peregrino,
Que entre las ramas del añoso tronco
Lamentas tu destino
Con un gemido desigual y ronco.

Bien hayas tú, porque te quejas solo,
Porque tus penas con ninguno lloras;

La ingratitud, el dolo,
Encontrarás por pago á todas horas.

Bien hayas tú, que esperas
Las horas de la noche silenciosa
Para exhalar las quejas lastimeras
De tu pena horrorosa.

Que en la mitad del día
Te ciega el sol con sus destellos rojos,
Y en la noche sombría
Brillan más con tus lágrimas tus ojos.

Bien hayas tú, habitante
De los espesos bosques, triste buho,
Queda en paz mientras loco, delirante,
Mi senda continúo.

Cual te atormenta Febo porque tienes
Nictálopes pupilas en tu daño,
Así surcan punzantes por mis sienes
Los dardos del dolor y el desengaño.

Bien hayas, porque gimes
Cuando callan el mirlo y el canario,

Y así á tu acento imprimes
La angustia del que gime solitario.

Bien hayas tú, que, como yo, comprendes
Que nadie por tus penas lloraría,
Por eso libre en la alta noche hiendes
Solo llorando, la extensión vacía.

Oh morador salvaje
De la enramada oscura,
Exhala tu gemir, que ese lenguaje
Place á mi corazón en su amargura.

No comprende mi pesar agudo
El vulgo necio, indiferente y frío,
Por eso como tú en la noche acudo
Aquí solo á exhalar el canto mío.

Bien hayas tú, que como yo no esperas
Otro sér que mitigue tus pesares;
Tú con tus ayes en el bosque imperas,
Yo enmedio á mi dolor con mis cantares.





Á MI MADRE.

YO sé que te deleitas escuchando
Los sentidos acordes de mi lira,
Y de mis versos el acento blando
Tiernos deleites á tu pecho inspira.

Yo sé que me comprendes y me amas,
Yo sé que vives para mí gozosa,
Y en noble orgullo maternal te inflamas,
Y te contemplas con mi amor dichosa.

Estática me miras, y en tus ojos
Bebo de puro amor vivo destello,
Y me sonrías, ¡oh madre! sin enojos
Cuando enlazo mis brazos en tu cuello.

Y si el dolor con su saeta aguda
Hiere tu corazón, madre del alma,
Con mis caricias tu pesar se muda
Y solo encuentras en mi amor la calma.

¡Gracias, oh, gracias mil; siempre te adoro!
Solo tu alma es sin fin agradecida:
¡Cada suspiro tuyo es un tesoro!
¡Cada caricia tuya es una vida!

¿Quién me ha de amar así? nadie en el
[mundo;
Jamás encontraré tan puros lazos,
Porque al embate de pesar profundo
Las cadenas de amor se hacen pedazos.

Siempre la duda cual roedor insecto
En el pecho se anida en propio daño,
Y siempre viene en pos de cada afecto,
Y de cada ilusión, un desengaño.

Pero tú, madre del alma,
Sin ese duro temor,
Me darás siempre la calma
Y te llevarás la palma
De mi solícito amor.

Nunca, nunca he de perderte,
 No me tocará la suerte
 Que á otros amantes tocó;
 Tú has de amarme hasta la muerte
 Lo mismo que te amo yo.

¡Ah! yo sé que te placen sus cantares;
 Por eso al son de mi laúd querido,
 Olvidando del mundo los pesares,
 A tí elevo mi voz enternecido.

Tan solo ¡oh madre! á tí; porque te adoro,
 Porque es tu alma sin fin agradecida;
 ¡Cada suspiro tuyo es un tesoro!
 ¡Cada caricia tuya es una vida!



EL PLACER.

DIRÍJEME tus ojos, amor mío,
 Dame tus labios á besar, hermosa,
 Reclínate en mi pecho cariñosa,
 Cura en tus brazos mi pesar impío.

Encadena á tus plantas mi albedrío;
 Hazme feliz, criatura bondadosa...
 ¡Cuál me enagena la expansión dichosa!
 ¡Con qué magia disipas el hastío!

Quiero gozar contigo hasta la muerte,
 Quiero siempre vivir para adorarte
 Y bendecir unidos nuestra suerte.

¡Ay! ya siento un dolor al apartarte,
 Ya el tedio me consume, y al perderte...
 Me aborrezco, ¡ay de mí! ¡no puedo amarte!

